

JUDIOS Y ARABES EN NUESTRA CULTURA

Florecieron en España dos riquísimas y espléndidas manifestaciones líricas... Estas dos poesías tan exóticas en Europa pertenecen a las dos más ilustres ramas del tronco Semítico: la árabe y la hebrea.
M. Menéndez y Pelayo.

En no pequeña medida muchos de los aciertos o fracasos humanos se deben a circunstancias y hechos casuales, al puro azar, sin que intervengan la voluntad, el estudio, la inteligencia o la simple intuición; algo así ocurrió cuando, hace unos años, se celebraron en nuestra ciudad una serie de actos y festejos, por primera y hasta ahora única vez, bajo el eslogan de "Lucena de las tres culturas". Fue ésta una calificación feliz, exitosa, que prendió en su día con fuerza en la mentalidad de la gente y ha permanecido, por fortuna, concitando interés. Y, sin embargo, la idea no era para la ciudad, lo que significa que no surgió de entre nosotros, y si llegó aquí fue por no interesar a otras poblaciones a quienes se le ofreció primero. Y, para más ironía, tampoco pueden descartarse en absoluto subterráneos impulsos y motivaciones, ajenos a la cultura, para la organización del evento. Lo que nos viene a demostrar, una vez más, los extraños derroteros que la Providencia, o la casualidad, a gusto del lector, sigue para producir algunos resultados singulares.

Lo dicho no es poner en cuestión los méritos de nuestra ciudad. Como tantas poblaciones de España- esta patria nuestra cuyo nombre eluden con circunloquios algunos políticos pazguatos o malintencionados-, se dan en ella las condiciones idóneas para celebrar, no sólo esas tres culturas sobreentendidas -judía, musulmana y cristiana- sino otras que se encuentran en sus raíces. Y tal vez convenga recordar, aquí precisamente, el origen común de las tres, que les otorga un parentesco cercano y una idea básica compartida: el monoteísmo, la creencia en un solo Dios. Quizás hubiera sido más verdadero, aunque no de tanta eficacia publicitaria, que se llamara de las tres religiones, pues el término cultura parece más amplio y menos definidor. Ya Ortega, al señalar que "cultura es el sistema de ideas vivas que cada tiempo posee", esto es, el "repertorio de nuestras *efectivas* convicciones sobre lo que es el mundo y son los prójimos, sobre la jerarquía de valores que tienen las cosas y las acciones", sin eliminar lo puramente religioso, da mayor amplitud al concepto. Y esta amplitud, al propio tiempo, nos pone en evidencia que Lucena, como toda Andalucía y toda España, ha sido paso y asiento de culturas que nos llegaron antes y dejaron, igualmente, sus huellas e influencias. Pero es que, además, toda la Edad Media "es el proceso de una gigantesca recepción, la de la cultura antigua (la grecorromana) por pueblos de cultura primitiva" que si al principio dan la sensación de que la arrasarán, ocurrió, por el contrario, que acabaron por asimilarla, dada la evidente superioridad sobre las propias. Por parte árabe se da la circunstancia, también, que extendidos por el mundo clásico -greco-latino- trajeron y propagaron su sabiduría y aún la de pueblos más alejadas de Occidente. Recuérdese, por ejemplo, como el sistema de numeración que aún utilizamos, probablemente de origen indio, fue divulgado por ellos, muy superiores, entonces, a la sociedad visigótica. Se produce así un

auge cultural en la zona dominada por los árabes, superior a la de su entorno.

Pero una vez las cosas en sus justos términos, sí cabe recrearse con el recuerdo de los hechos que, por su cercanía a nuestro tiempo, podemos comprender mejor. No cabe la menor duda sobre la existencia, en el pasado, de un enclave importante de judíos en Lucena, ni de la academia rabínica en los siglos XI y XII, por la que pasaron eminentes figuras de la intelectualidad hebrea, como Moisés ibn Ezra, Abraham ibn Ezra, José ben Meir ha-Levi ibn Megas, Isaac ben Yaaqob al-Fasi, que le dió el espaldarazo definitivo y otros muchos, tan insignes y universales como, por ejemplo, Maimónides, la mayor gloria del hebraísmo, y el poeta Yehudá Haleví.

Y precisamente en los momentos de esplendor del califato Omeya en Córdoba, surge el florecimiento de las comunidades judías en Andalucía; el declive del poder islámico, las disensiones internas y las rivalidades de los reinos de taifas, tendrán igualmente sus consecuencias negativas para ellas pese a que, con frecuencia, personalidades hebreas ocupen cargos de confianza en los diversos gobiernos. Igual debió suceder en Lucena, capital de Sefarad, antes de ser arrasada por los almohades.

Pero importa más a nuestro propósito mostrar como eran esas culturas y para ello nada mejor que fijarnos en personajes relevantes y ejemplares de la época, para lo cual vamos a centrar nuestra atención, de forma somera, en dos figuras muy representativas de las literaturas judía y árabe: Yehuda Haleví, el judío nacido en Tudela en 1075 e Ibn Hazm, cordobés, de familia muladí, nacido en el 994.

1.-YEHUDÁ HALEVÍ

Yehudá Haleví, fue médico destacado, filósofo y poeta Menéndez y Pelayo lo calificó como "príncipe de los poetas neohebraicos y uno de los más grandes e inspirados líricos que en toda la literatura de la Edad Media florecieron", incluso "superior al mismo Ben-Gabirol". Estuvo en Granada, Lucena, Sevilla y Córdoba y murió cerca de Jerusalén, casi al término de un viaje que le había obsesionado toda su vida, sin conseguir llegar a la ciudad objeto de sus anhelos.

Entre su poesía destaca "La Gran Siónida", canto a Jerusalén, impregnado de mesianismo y del deseo de una patria perdida.

*¿No preguntas, Sión, por la salud de tus escogidos,
aquéllos que dispersos por la tierra, ansian por la paz de tu redil?
Desde las cercanías y las distancias, de Oriente a Occidente
y del Septentrión al Mediodía te saludan los peregrinos de todas las sendas.
Con una ansiosa salutación que los consume hasta la muerte,
porque quisieran verter sus lágrimas sobre sus montes
como cae el rocío sobre la montaña del Hebrón.*

.....
*Yo quiero que mi corazón se derrame por aquellos lugares
En que el espíritu de la divinidad se vertió entre los elegidos.*

Pero Yehudá Haleví, además de poeta religioso, es un gran lírico y, en algunos aspectos, un epicúreo o vitalista, en el sentido que hoy podemos entender el término. Gustaba del mundo, de la belleza, de los placeres de la vida. M.J. Kahn, dice de él que " con arrobamiento jubiloso, amaba la exuberante hermosura de la mujer, el fuego fascinador del vino, el desenfreno tumultuoso del banquete, el fasto pagano e idólatra del paisaje en gestación, el amor flameante", y, " peregrino entre las visiones poéticas, descubrió la permanencia de todo lo impermanente,

en las brumas de la meseta de Castilla, en la bulla de las tabernas de Toledo, en las aguas del Guadalquivir, en los burdeles de Lucena". En el poema dedicado a una danzarina, canta:

*Tú eres la tierra con todos sus deseos.
Con la sed bebiera yo el vaso candente de tu boca,
hasta embriagarme, cuando lo simulan tus vivos labios
al abrirse al cantar..*

Mas no puede olvidarse que Yehudá es, también, un filósofo. En el "Kuzari" nos deja, en forma novelada, la historia de un rey que es convertido por un judío, después de haberlo intentado un cristiano y un musulmán. Como dice Menéndez y Pelayo, "propriamente no es una novela, sino un tratado de religión y de altísima filosofía". Su honda convicción religiosa le impide coquetear, como les ocurre a otros racionalistas, con Aristóteles, en perjuicio de la Biblia, con lo que prevalece en él su fervor religioso y el respeto incondicional a la tradición.

El hecho de que nunca llegara a contemplar Sión - la Jerusalén lejana- , fuente inagotada de inspiración (de ahí sus numerosas composiciones sobre ella -las sionidas-) y constante y obsesivo deseo del poeta, nos hace reflexionar sobre las extrañas jugadas del destino, tan imprevisibles , inescrutables y tan ajenas a la voluntad humana.. Cuando, después de haber vencido las dificultades y peligros del viaje, que no eran pocos ni pequeños en aquella época, se aproxima a la ciudad y ya vislumbra en el horizonte su imagen, confusa aún por la distancia, pero real, maravillosamente real, no como un espejismo engañoso del desierto, la fatalidad hace sonar el gong que marca su ultimo instante. Y Sión permanecerá ya, para siempre, lejana e inalcanzable, como un sueño...

2.-IBN HAZM

A Ibn Hazm le tocó vivir una época de crisis, penosa y difícil para la España musulmana, que dio lugar a la disolución del Califato y , como consecuencia, al caos anárquico de los reinos de Taifas. Nace en Córdoba en el año 994. Ahmad, su padre, hombre letrado y habilidoso, ocupó el cargo de visir con Almanzor. La niñez de Ibn Hazm se desarrolla en un ambiente privilegiado y amable, como hijo de personaje influyente. Percibiría, con esa sensibilidad especial de los niños, los mil manejos, rencillas y conjuras palaciegas y de harem, cuyas mujeres le tratan de forma afectuosa, con confianza y sin reservas, y le despiertan, quizá, incomprensidos y contradictorios sentimientos y apetitos, tal como ocurre en esa edad indecisa y ambigua.

Más tarde frecuentó cursos de los mejores profesores del Califato y "desde un principio se asomaría curioso a las clases de teología y de derecho", como sugiere García Gómez. El ambiente en que se inicia en las lides literarias, formando parte de un grupo distinguido, es aristocrático, elegante, defensor del arabismo frente a tendencias populares y localistas.

Los avatares políticos, consecuencia de la caída del Califato, hacen que su familia pierda influencias y sea perseguida; el padre, Ahmad, posiblemente por las penosas circunstancias y los graves problemas sobrevenidos, muere en el 1012, cuando Ibn Hazm tenía 18 años. Al año siguiente (1013) emigran a Almería.

Tras diversas vicisitudes, incluidos un brevísimo período de poder, el destierro y la cárcel, desengañado de la política, se consagra a la ciencia jurídico-teológica. Pero su carácter polémico, intransigente y puritano, unido a su defensa y devoción por los Omeyas, le crearon enemistades y odios hasta el extremo que, en una ocasión, fueron destruidos y quemados sus libros; lo que nos demuestra, una vez más, que nada hay nuevo bajo el sol, como expresa el adagio latino, sobre todo en cuestiones de censura de ideas y represión de la inteligencia. El episodio le hizo escribir estos impresionantes versos:

*Aunque queméis el papel, no podréis quemar
lo que encierran, porque lo llevo en mi pecho...*

El ingente esfuerzo intelectual de nuestro autor lo ha destacado E. García Gómez, al recordar que escribió unos 80.000 folios, formando 400 volúmenes. Las obras más importantes, sin embargo, son la "Historia crítica de las ideas religiosas", la "Chamhará, repertorio de genealogía musulmana, la "Epístola apologética de España y sus sabios" y "El collar de la paloma", obra ésta de juventud, sobre la que vamos a centrar nuestra atención.

"El Collar de la paloma" es, según el propio autor, un tratado sobre el amor y los amantes; para el lector, cuando haya recorrido algunas páginas, constituirá una especie de delicioso tapiz, en el que aparecen dibujadas, con rica prosa y excelente poesía, encantadoras historias, atinadas reflexiones y observaciones agudas, de una "psicología íntima tan viva, tan actual, tan moderna", en expresión de Menéndez y Pelayo, que sorprende. Tampoco es de extrañar, dada la formación de Ibn Hazm y el conocimiento que tenía de la filosofía griega, especialmente de Platón, cuya influencia se nota, como más adelante veremos. No podemos olvidar, como ya se indicó, que la cultura grecorromana fue absorbida por otras más primitivas, como la árabe.

Quizá sea exagerado compararla, como en alguna ocasión se ha hecho, con la "Vita nuova", escrita siglo y medio después por Dante, pero lo que sí puede asegurarse es el gran valor de su idealismo amoroso, de su platonismo y defensa de la castidad, que parecen ideas extrañas al árabe puro, razón por la cual se ha creído ver influencia cristiana en el poeta, fundada en su ascendencia (recordemos que era muladí, biznieto de español cristiano). Pero tal visión o interpretación del amor, no cabe considerarla resultado exclusivo de la confesión de sus antepasados, tal vez menos real de lo que se supone; tanto más cuando no debe olvidarse que el amor platónico en la poesía árabe surge claramente en Bagdad, en la segunda mitad del Siglo IX, llamándose "amor de Bagdad" y, también, amor "udrí" (de la tribu Banú'Udra).

Sobre este amor "bagdadí" o "udrí", tal vez no resulte ocioso aclarar que surgió como consecuencia del apasionado afecto de un poeta -Ibn Dawud- por un compañero de la escuela; afecto que ha de reprimir y sublimar transformándolo en ideal puro. Tal ambigüedad en el concepto amor, que choca con las mayoritarias ideas actuales, era algo corriente en aquellos tiempos y en otros aún más lejanos, como los del mundo greco-latino. La distinción no era fácil entonces ni aún hoy, cabría añadir. En la propia obra de Ibn Hazm encontramos poesías, como señalaba Ortega y Gasset, en las que la palabra "amor" se aplica indistintamente al sentimiento hacia la mujer o hacia el hombre, posiblemente con significados no iguales, mas con frecuencia, también, nacidos de instintos semejantes.

La relación amor-belleza -tan de Platón- la expresa Ibn Hazm al escribir "tocante al hecho de que nazca el amor, en la mayoría de los casos, por la forma bella, es evidente que, siendo el alma bella, suspira por todo lo hermoso y siente inclinación por las perfectas imágenes". El libro, dividido en 30 capítulos, nos descubre y describe las señales del amor, las diversas formas de enamoramiento, los intermediarios en las relaciones, la unión, la ruptura, la separación, la traición, el olvido, la fealdad del pecado y otras diversas situaciones y sentimientos, para terminar cantando las excelencias de la castidad. Y entre reflexiones, pequeñas historias y detalles de barrios de la Córdoba califal, nos deja curiosas noticias como la de que los Califas eran frecuentemente rubios y la preferencia generalizada, entre los hombres, por las mujeres con igual color de pelo.

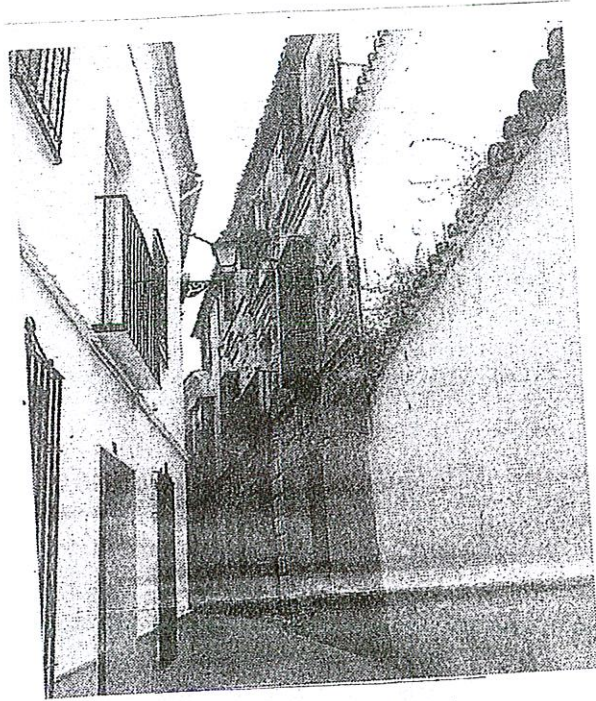
No es posible resumir el contenido del libro ni, de poder hacerlo, parece oportuno. Pero tampoco debe dejarse de subrayar un aspecto que, al lector actual, puede parecer insólito: la alabanza que el autor hace de la castidad como forma de vida y como expresión de amor. En el último capítulo escribe: *Una de las mejores cosas que puede hacer el hombre en sus amores es guardar castidad; no cometer pecado ni torpeza; no renunciar al premio que su Creador le destina...* Y como ejemplo cuenta la historia de un mancebo cordobés que, para resistir a los requerimientos de la bellísima esposa de un amigo ausente, *acordándose de Dios Honrado y Poderoso, puso su dedo sobre la llama de la candela hasta que se abrasó.* Mas adelante, sobre

el tema, escribe unos largos poemas de los que son ejemplo los versos siguientes:

*Quien por estar con Dios fatiga el alma,
halla noble reposo en su cansancio,
y al que, ansioso, la flor del mundo busca,
corta su inútil búsqueda la muerte.*

Miguel Molina Rabasco

Publicado en "Diario Coruña" el 30-4-1999



La entrada a la antigua judería.